

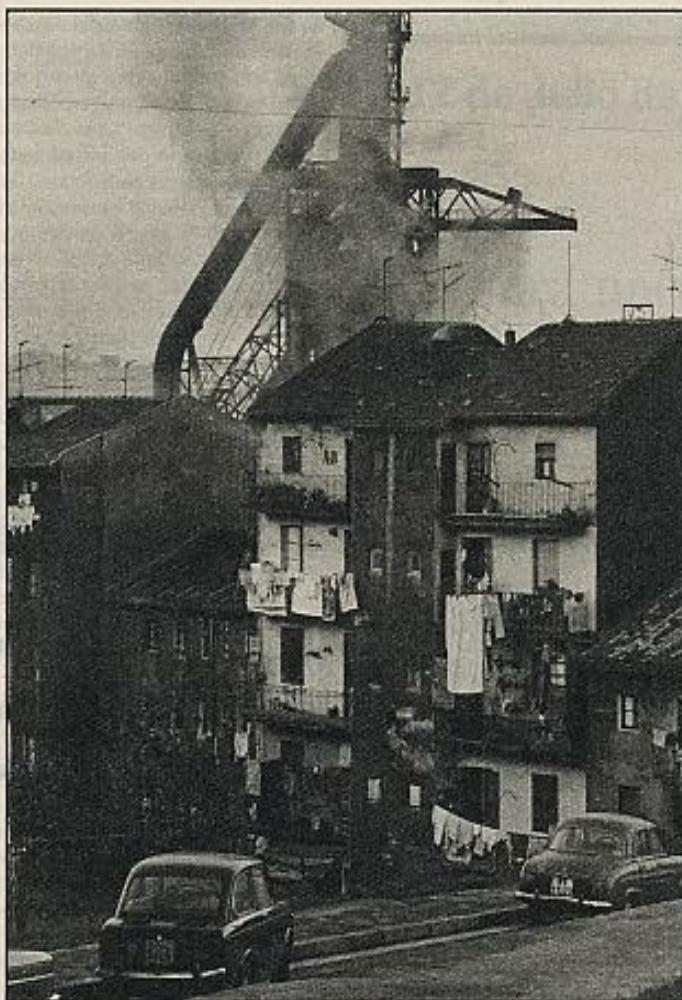
Dejando de lado, por una vez, las historietas de jeques y embargos, parecen quedar pocas dudas de que las causas de la crisis energética y económica en España se cifran más bien en el modelo de crecimiento económico seguido, en general calificable de gran consumidor energético y, además, esencialmente dependiente, tanto en suministros como en tecnología.

Es como para echarse a temblar cuando se oye a destacados economistas y políticos (de izquierda y derecha) quejarse de que todavía España está muy lejos de las cifras de consumo per cápita (en cemento, acero, electricidad, plásticos, etcétera) de Francia, Suecia, USA, Japón... Porque, ¿qué significado tienen las cifras de consumo individual, incluso de renta? Dan poca información útil desde el punto de vista socioeconómico, aunque como indicador ecológico demuestran cierta utilidad negativa: son índices habituales de degradación del medio.

Coste ecológico y entrada de divisas

Nuestra crisis viene de los años 60, de cuando se optó por una industrialización concreta, a instancias de unos intereses nacionales y extranjeros muy definidos y dentro del papel asignado a España en la configuración internacional de la producción capitalista. Era el momento en que la rentabilidad del capital empezaba a decrecer en los países desarrollados (elevación de costes y de salarios, realimentando precios y necesidades de inversión) y la contrapartida ecológica determinaba a buscar nuevas latitudes. La abundancia energética (los bajos precios del petróleo) modelaba el sistema productivo con una gran ineficiencia, pero se mantenía y acrecentaba la rentabilidad del trabajo: el proceso del desarrollo económico occidental ha sido la historia de la producción de desempleo.

La crisis de la siderurgia española puede interpretarse como un desengaño típico dentro de la quiebra de nuestra economía artificial, añadiendo la manipulación triunfante de los intereses norteamericanos. En 1974, precisamente, cuando ya se sabía que nada podía seguir siendo igual, el Programa Siderúrgico Nacional vaticinaba un consumo de 14,2 millones de toneladas de acero para 1977 y de 20 para 1982 (duplicación cada nueve años); el desvío, con respecto a 1977, ha sido del 25 por 100, y puede preverse que será mayor para 1982. Pero en ese mismo año —1974—, los intereses privados siderúrgicos tenían ya preparada su última gran operación, traspasando las instalaciones obsoletas de Altos Hornos de Vizcaya en Sagunto al nuevo —e inútil, como ya se sabe— complejo siderúrgico, la llamada IV Planta Integral. Con el desparpajo de quien domina el equivoco, Villar Mir (entonces presidente de Altos Hornos de Vizcaya) auguraba (1) una "relativa escasez de acero en la presente década, al mantenerse un fuerte incremento de la demanda de acero". Esto era materialmente imposible de creer, pero se trataba de hacer favorable el



España: un desarrollo antiecológico

PEDRO COSTA MORATA

ambiente del lanzamiento de la IV Planta. En 1978, cuando todo ha resultado mentira, Altos Hornos de Vizcaya (46 por 100 en Segundo) consigue salir de la IV Planta, que promovió, obteniendo la nacionalización. U. S. Steel (27 por 100 en Altos Hornos y 15 por ciento en Segundo) intenta escapar, también con éxito, de Sagunto, después de haber hecho el gran negocio, entre otros, de la tecnología, permaneciendo en Altos Hornos de Vizcaya, que, en pleno desconcierto siderúrgico, ha inaugurado un horno alto capaz de producir dos millones de toneladas. Total: infraestructura industrial sobredimensionada (nos sobra el 30 por 100), destrucción de 1.000 hectáreas de naranjal, creación de un foco contaminante intenso, despilfarro de capital, importación de tecnología, riesgo de desempleo y... nacionalización de pérdidas.

La industria del petróleo y la petroquímica son aún más características de este modelo de desarrollo. Nos hemos cargado con una capacidad de refino excesiva que obliga a producir excedentes para la exportación.

Algo parecido sucede con el cemento y otras industrias especializadas en alto consumo energético. Acaba de iniciarse la construcción de la mayor fábrica de cemento de España en Carbóneras (Almería), cuando sigue controlando el mercado interior y ya exportamos una buena parte de la producción. Pero el mercado de esta nueva planta es la costa Este de los Estados Unidos, donde frecuentemente se cierran fábricas de esta índole (2).

El transporte como devorador de energía

El transporte supone un 28 por 100 en el espectro energético general, ocupando la carretera el apartado que se lleva la mayor parte del consumo y siendo el automóvil privado el culpable principal de la notable envergadura del sector.

Entramos aquí en uno de los puntos de más clara alienación desarrollista y de ineficiencia energética. La energía que se tira en el transporte es cuatro o

cinco veces mayor que la que realmente se utiliza, dada la preponderancia absoluta de los modos ineficientes —despilfarradores— de energía. El automóvil privado está en el corazón del consumismo español, no siendo posible, persuadir a sus propietarios para una renuncia progresiva, necesaria e inevitable (máxime, cuando no existe voluntad oficial de ofrecer alternativas).

Mientras tanto, el ferrocarril sigue subdesarrollado y abandonado. Ostentamos, probablemente, el récord mundial de marginación del ferrocarril en el transporte de mercancías y uno de los lugares más destacados en el de pasajeros; casi el 84 por 100 de nuestro tráfico de carga va por carretera y sólo el 14 por 100 por ferrocarril. Todo esto tiene lugar ante un incremento muy notable del parque de vehículos pesados, de la carga unitaria transportada, de su consumo y de la saturación de las carreteras. Pero el ferrocarril está estancado, con el agravante de que sigue acaparando inversiones en una infraestructura y un parque de material que no se van a usar.

Una crisis ecológica

La producción de energía exige incrementos de capital invertido superiores a los de cualquier otro subsector industrial. El Plan Energético más reciente anuncia 630.000 millones de pesetas en inversiones para los próximos cuatro años, es decir, el 7 por 100 de la formación bruta de capital fijo del período; es evidente que estas exigencias van en detrimento de otras actividades económicas. Incluso industriales, que necesitan también inversiones de envergadura. Esta voracidad insaciable de la industria de la energía llegará, como señala Barry Commoner (3), a estorbar el desarrollo de sus propios clientes...

La rentabilidad de la energía decrece en el sistema productivo español (más consumo de energía para menos producto) y, al menos en lo que al apartado energético se refiere, se encuentra ya en la espiral fatal, conocida en otros países, de necesidades impérivas de beneficios para atender las inversiones crecientes, con un resultado cada vez menor. Las inversiones de la industria eléctrica entre 1973 y 1976 crecieron un 70 por 100, para producir sólo un 19 por 100 más de energía. La productividad más evidente, que hay que resaltar es la del trabajo, que es donde capital y energía confluyen: reduciendo las exigencias de mano de obra.

Este proceso español, de veinte años de duración, ha ido incubando las causas que dispararon la inflación y el desempleo en el momento del gran batacazo, es decir, ahora, cuando estamos en el quinto año oficial de crisis y seguimos sin elementos objetivos para cambiar nuestra situación. La carga tecnológica aplicada a este proceso ha exacerbado, por su parte, las contradicciones en el seno del desarrollo económico al uso, a base de exprimir un nuevo factor productivo despreciado: el entorno ecológico. Porque es en la producción de energía y en el consumo energético donde actúa la tecnología más negativa para con el medio ambiente; casi toda la polución actual la ha creado el desarrollo de los últimos veinte años. ■ Foto: JEAN HERMANSON.

(1) "ABC", 25-9-74.

(2) Información recogida directamente de la empresa promotora.

(3) "La escasez de energía", Barry Commoner, Plaza y Janés.